

YENHUDI MENUHIN



Desde que el genio de Mozart asombró a Europa al revelarse desde la primera infancia del artista, la historia de la música no registra otro caso de precocidad maravillosa que pueda compararse al de Yehudi Menuhin, quien a los tres años ya tocaba el violín y a los once gozaba ya en Europa y en América de una fama comparable sólo a la de los más grandes intérpretes.

Menuhin nació en Nueva York el 22 de abril de 1916 y a los nueve meses de edad fué llevado por sus padres a San Francisco, California, donde poco tiempo después empezó a asistir, en brazos de su madre, a los conciertos de la Orquesta Sinfónica de aquella ciudad, siendo notable el hecho de que el niño que apenas tenía conciencia del mundo que lo rodeaba daba muestras de placer al escuchar atentamente la música. A los tres años de edad, sus padres regalaron a Yehudi un pequeño violín en el cual inició sus estudios bajo la guía de Sigmond Anker. Sus progresos fueron tan rápidos que poco tiempo después el pequeño ingresó en la clase del famoso profesor Luis Persinger. Viendo a su alumno preparado para actuar ante el público, Persinger no vaciló en hacerlo tocar como solista con la Orquesta de San Francisco. Menuhin tenía entonces ocho años de edad.

— En 1935 Menuhin realizó su primera gira mundial dando 110 conciertos en 63 ciudades. En todas partes las localidades se agotaron a las pocas horas de haberse anunciado la aparición del prodigio, cuyo arte animado por el soplo divino, llevó las más inefables emociones a millares de dilettanti.

Las giras de Menuhin continúan y nuevos países tienen ocasión de celebrar al artista favorito de los dioses. En la primavera del año 41, Menuhin visita por primera vez las grandes capitales de Sud América, donde el éxito se convierte en apoteosis. Diez conciertos en Buenos Aires y otras muchas audiciones en otras grandes ciudades comprueban el triunfo rotundo de Menuhin. Tras breve descanso en su granja que lleva el poético nombre de "Alma", el genial artista visita por primera vez a Caracas, donde el mensaje elevado y magnífico de su arte encontrará un público sensible en grado máximo a la infinita belleza, pasión y poesía de sus interpretaciones.

La Sociedad Musical Daniel, al presentar al público a este gran artista, cosa que para ella constituye un positivo y legítimo timbre de orgullo, no solamente está segura de alcanzar el climax del presente año artístico, sino que también se propone continuar la labor que inició hace muchos años, animada siempre por un afán de superación que ha sido tan franca y bondadosamente acogido por el culto público que la favorece con su asistencia a los espectáculos que ofrece.